



La Lectura Popular

EL SEXTO ENVIDIA

I



A NIMO buen hombre, no hay que desmayar; decía el cirujano al tío Carancha, que se había roto una pierna al subir un margen.—

Va usted á padecer mucho hasta que se le componga la pata. Es usted ya viejo; los huesos son ya muy quebradizos; y aunque tiene usted muy buena encarnadura esto es cosa larga.

—Pues bendito sea Dios; contestaba alegremente el tío Carancha; porque no me he roto las dos.

El que está decía era un buen viejo labrador, chapado á la antigua, que vivía hace muchos años en tierras de Castilla.

Era un hombre, robusto, sano, alegre, coloradote, muy temeroso de Dios, y cumplidor exacto de todos sus mandamientos.

En aquel tiempo; aún se llevaba coleta y nuestro buen hombre gastaba una de tres palmos de larga, atada con su cinta negra, y la llevaba con tanto orgullo que antes se hubiera dejado cortar las dos orejas, que un pelo de su trenza.

—Miren qué hueco vá con esos pelos! decía su vecino el tío Caraestrecha.—De buena gana le echaría mano, á ese rabo y lo arrastraría por estos bancales.



El que esto decía era otro labrador vecino del primero; largo, flaco, amarillento, ojoso, de cara angosta y arrugada, y con un gesto de pocos amigos que revelaba la negrura de su corazón. Aborrecía de muerte al tío Carancha; le tenía una envidia más grande que un brocal de pozo; no dormía ni sosegaba viendo la prosperidad de que go-

zaba su vecino, á quien todos los negocios le salían á pedir de boca, porque en todo daba gracias á Dios y confiaba en él.



—Hijos míos, decía, el tío Carancha, cuando hay buena cosecha debemos dar las gracias á Dios que bendice nuestros trabajos; y cuando no la hay, debemos alabarle y conformarnos con su voluntad, y pedirle humildemente que nos la dé otro año.

II

Pues vino un año en que Dios oyó al tío Carancha y le envió una cosecha tan grande que nuestro buen labrador no sabía donde poner el grano. ¡Y qué frutos! nunca se habían visto más ni más sanos ni más hermosos.



—¡Jesús, dijo el tío Carancha, al desenterrar un día un rábano! ¡Válgame! S. Isidro patron de los labradores; ¡qué rábano! no he visto en mi vida otro igual; es el rábano más rábano de cuantos rábanos ha hecho ningún rabanar; tan colorado, tan grueso tan hermoso...

Efectivamente, era una maravilla en el género. Con gran trabajo se lo llevó el tío Carancha á su casa, le limpió la tierra y lo lavó.

—Mirad, mirad; dijo á su mujer y sus dos hijos, que eran dos mocetones altos sanos y robustos —mirad este rábano. Es el rey, de los rábanos.

—Hermoso es, dijo la mujer. ¡Cómo nos lo comeremos!

—No te hará mal, dijo el marido.

—¿Qué lo vas á vender?

—No lo permita Dios; pero puesto que es el rey de los rábanos, nadie debe comérselo sino el Rey de España.

—¿Y se lo vas á llevar al Rey?

—Sí, yo mismo en persona. Ya sabes que el Rey recibe bien á los que van á visitarle.

En efecto; era el Rey de aquellos tiempos de Mari-Castaña, más bien un padre de sus vasallos que un señor de sus súbditos; recibía con agrado y cariño á cuantos tenían que exponerle alguna queja ó hacerle una petición; y había dado orden á sus guardas que no impidieran la entrada á ninguno de sus vasallos.

—Vamos, dijo al otro día el buen hombre á sus dos hijos; poned la ropa nueva, colocad el rábano en la burra envuelto en un lienzo limpio, que vamos á llevárselo al Rey.

Una vez en su presencia el tío Carancha hizo una gran reverencia y dijo:—Señor,



vengo á traer á Vuestra Magestad el rábano más hermoso que se ha cogido en toda la redondez de la tierra. Mire vuestra Magestad que pieza.

El Rey que era de entendimiento delicado y de gran penetración, se prendó de la honrada, jovial y bonachona cara de nuestro buen labrador, en la que se retrataba un corazón sano y sencillote.

—Magnífico rábano, dijo; no he visto otro en mi vida más grande.

—Ni yo tampoco, dijo el hombre, y eso que he visto muchos más que Vuestra Magestad.

—Toma,—dijo el rey á su mayordomo sonriendo,—guárdame ese rábano, y dáale á este buen hombre cinco mil escudos para que se acuerde de mí.

—Señor, dijo el labrador, no quiero que me pague Vuestra Magestad lo que he traído como regalo.

—Pero yo te mando que lo tomes.

—Para obedecer lo haré.

Y despidiéndose del Rey, se marchó muy contento.

Su mujer también se alegró mucho del resultado del viaje y todos alababan á Dios en quien siempre habían confiado.

Pero el demonio que nunca está quieto, hizo que el envidioso vecino se apercibiese del regalo del Rey.



—Ese hombre acaba conmigo, —gritó tirándose de los pelos; todo le sale bien; ahora ha visto al Rey, le ha hecho el regalo del rábano, y ha recibido cinco mil escudos por una cosa que no vale nada. ¡Habrás visto suerte mas grande. Nada; es necesario que yo busque otra cosa para regalársela también al Rey.

Y la envidia se lo comía; y no dormía ni sosegaba; y pensando en el regalo de su vecino se le ponían los dientes tan largos como teclas de piano.

Cavilando en esto vió una mañana en un bancal suyo un melón, ¡Señor que melón!; lo menos pesaba tres arrobas.

—Ahora mismo voy á ver al Rey, dijo enseguida, y si por el rábano dió cinco mil escudos, por este melón que vale doble me dará diez mil.

Y con esta codicia, púsose muy majo, cargó en la jaca su melón y con la lengua fuera lleno de envidia y codicia y haciéndole el corazón tipití, tipití, se presentó al Rey con su magnífico melón.



—Señor, le dijo, haciéndole una gran reverencia, vengo á traer á Vuestra alteza este melón, no se ha cogido otro mejor desde la creación del mundo. ¿y quién ha de comérselo sinó el Rey? por eso se lo traigo de regalo.

Y le temblaban las piernas pensando en los cuartos que iba á recibir.

—¡Soberbio melón! dijo el Rey! no he visto cosa más hermosa. Pero comprendió al momento la codicia del labrador, y repugnándole su fisonomía en la que se transparentaba la envidia y picardía.—Bien hombre honrado, prosiguió, esto merece un premio.

—Trae, dijo al mayordomo, aquello que hace tres días te mandé guardar.

—Aquí está, Señor, repuso este, trayendo una cosa tapada en un gran canasto, al que

echaba codiciosas y ávidas miradas el tío Cara estrecha.

—Toma, dijo el Rey, toma este regalo que yo te juro por mi corona que me costó cinco mil escudos.

—Gracias, Señor, dijo el pícaro.

Pero cual fué su asombro, su desengaño, su estupefacción al destapar el canasto y ver que era.... ¡el rábano!

El rábano que había llevado tres días antes su vecino y enemigo envidiado....

Tambaleándose tomó el rábano, salió de palacio, montó en su jaco tornó á su casa echando fuego por los ojos, saliéndole la ira y la envidia por todos los poros de su cuerpo y convirtiéndose en un ódio profundo. Combatido por sus negros sentimientos, se metió en cama, presa de celos, de avaricia, de despecho, de vergüenza, de envidia y de ódio. Le dió una calentura cerebral, y atacado de un espantoso delirio, le parecía oír una tremenda voz que le decía:



«envidioso que no puedes ver la dicha ajena sin entristecerte; envidioso que aborreces á tu vecino Caraancha porque es mejor que tú; y á quien todo le sale bien porque es terroso de Dios, de quien tú no te acuerdas nunca; que es más trabajador que tú, más caritativo que tú, que no conoces al prójimo; que tiene muchos amigos porque es limosnero, porque no desea lo de otro, porque hace el bien allí por donde pasa, y tú no tienes ni un amigo, ni nadie que te quiera bien, ni uno que no te ódie, porque tienes envidia de todo y de todos; porque no das ni una limosna; porque no puedes ver el bien de los demás sin que te se estreche el corazón; porque los celos, la codicia y la envidia no te dejan sosegar ni trahajar con tranquilidad; porque el bien ajeno roe tus entrañas; porque tienes el vicio más bajo, más ruin, menos productivo de todos los vicios. Porque el soberbio goza en el acatamiento de los demás; el gloton goza mientras come, y aun antes de que coma saboreá lo que ha de comer; el lujurioso goza con los placeres aunque ilícitos, con que da gusto á su cuerpo; el avariento goza aunque no sea más que contemplando su tesoro; el colérico é iracundo se desahoga pegando puñetazos en las paredes de su casa; el perezoso goza en su descanso y sosiego; el ladrón goza con lo que hurta; el homicida satisface su encono en la sangre de su enemigo; el borracho goza con las risueñas imágenes que le propor-



ciona su embriaguez: todos los vicios tienen su goce; pero ¿y el envidioso? ¿y tú, misero y despreciable envidioso? ¿qué sacas de la envidia? ¿dónde están tus goces? Disgustos, mal humor, pesadas digestiones, penas continuas; la vista del bien en otro, te causa molestias y martirio horrendo, y el gusano de la envidia roe tu corazón sin dejarte un momento de reposo. Vuelve, vuelve en tí, arrepíentete de ese feo y detestable vicio refúgiate en brazos de la caridad, mírate en tu vecino Caraancha, gordo, sano, lucido, alegre, franco, risue-



ño, feliz, porque no tiene envidia, porque estodo caridad, mientras tú que estás seco, chupado, estrecho, miserable, aislado; te morirás solo en un rincón como un criminal! inmundo; tus herederos dirán, «antes que hubiera muerto,» los diablos cargarán contigo, y aunque tu vecino, á quien desde el infierno verás honrado y feliz, movido pe su caridad te diga alguna misa á tí no te servirá, porque al infierno no llegan las misas; y allí estarás por toda una eternidad padeciendo los más horrorosos tormentos, envidiando hasta una gota de agua....»



Volvió en sí el tío Caraestrecha, un sudor frío inundaba su cuerpo; meditó en las palabras que creyó haber oído en su delirio; conoció que no eran otra cosa que la voz de su conciencia; recobró lentamente la salud; una dichosa reacción se operó en su espíritu; conoció su yerro; se reconcilió con el que por tantos años había tenido tan injustamente como enemigo; cobró carnes; tuvo buen color, se hizo caritativo, vivió muchos años contento y querido de todos; la cara estrecha que antes tenía, se le hizo ancha á fuerza de satisfacciones, y por fin murió en paz y gracia de Dios que le había arrancado del corazón el más negro de todos los pecados capitales.

Joaquín Martínez.

LUZ

—«—»

Nuestro queridísimo Prelado se ha dignado enviarnos un ejemplar de la pastoral que acaba de publicar con ocasión del Santo tiempo de Cuaresma. Es un documento lleno de la más profunda sabiduría donde se demuestra que el orden moral en la actual condición humana, depende del dogma de la Encarnación, de tal manera, que sin este, la moral es incompleta dudosa é inestable.

En párrafos tan meditados como elocuentes, prueba el sabio autor la ineficacia de la llamada moral independiente para perfeccionar al hombre, y afirma, que mientras este no disponga de otros medios que la ra-

VARIEDADES

LOS DOS OBREROS

—(1)—

Miradle allí... su pupila
refleja el odio profundo
que su corazón destila,
corazón que no vacila
en aborrecer al mundo.

Fuego, sangre, destrucción,
el exterminio social;
esta es la horrible visión
que trastorna la razón
de este misero mortal.

Nacido en el bajo seno
de una gente corrompida,
en lugar de un yugo bueno
tan solo aspiró veneno,
en el albor de su vida;
Y este veno aumentaron
la embriaguez y la vagancia,
y más y más le infiltraron
aquellos que iluminaron,
su lastimosa ignorancia.

¡Y qué luz la de esas gentes!
¡Qué discurrir tan aviesol!
Con sus frases disolventes
corren tras los inocentes,
y le trastornan el seso;
Diciéndoles á su modo,
que no hay Dios, ley, ni conciencia,
que es del pobre el mundo todo,
y para bañarse en lodo
tiene el hombre su existencia;

Que el trabajo es yugo fiero,
que el ser bueno, es necedad;
que el placer es lo primero
y que estalle el mundo entero
y muera la sociedad.

Esta loca algarabía
y otras mil, de igual ralea,
á la plebe, ardiente y fría,
le repiten, noche y día
la otra plebe que vocea;
Y claro, que, entusiasmada
ante visión tan hermosa,
la parte que es engañada
sigue la fé predicada.....

como sigue cualquier cosa;
Y sin saber lo que anhela
y excitadas sus pasiones,
el obrero se desvela
y hácia el anarquismo vuela
llevando rojos pendones.

¿Pero es feliz? ¿Qué ha de ser!
Vedle allí como palpita
en un triste padecer,
sin llegar á comprender
por qué lucha, y por qué grita;

Y es, que perdida la calma

con tanta nécia ilusión,
en vez de alcanzar la palma
siente conturbada el alma,
y hecho piedra el corazón.

Sobre el desplome social
mantiene los ojos fijos
y en los garitos del mal,
consume todo el jornal,
robando el pan á sus hijos;
Y en su casa por doquiera
brota el blasfemo rencor,
y vive allí como fiera
sin una chispa siquiera
de caridad y de amor.

Si acaso la pena siente
en vez de decir «¡Dios mío!»
(que es la frase del creyente,) con su labio maldiciente
reta á Dios como el impío;
Y entre la menguada ira
y el dolor que le tortura
más y más ciego, delira
y en todo aquello que mira
tan solo encuentra amargura.

¡Qué vivir tan desdichado
es el vivir de este modo!
¿Qué le espera al desgraciado
que, acaso con pecho honrado
así se arrastró en el lodo?

¿Qué goces podrá sentir,
ni qué cariño inspirar,
el que solo oyó decir
que el encanto del vivir,
lo constituye el odiar?

¿Qué conciencia ha de tener
de capital, ni trabajo,
si le hicieron entender,
que lo que se debe hacer
es el robar á destajo?

¿Qué barrera á su ambición
y á sus pasiones qué dique
hallará su corazón,
sin una dulce oración
que su vida santifique?

¿Y qué bálsamo á su herida
hallará en el triste suelo,
si otros con alma torcida,
le dijeron que esta vida
no acaba en pena ni en Cielo?

Tan solo verá amargura
en su viciosa indigencia,
y para tan vil criatura
será una cárcel oscura
la miserable existencia;
Cárcel que al desaparecer
le mostrará la verdad,
y él, entonces, podrá ver
lo horrible que es el caer
sin Dios en la eternidad.

II.

Miradle allí... su labor

zon ilustrada por sus luces naturales y la
voluntad sostenida por sus propias energías,
jamás logrará vencer los vicios de su cora-
zón.

En apoyo de esta verdad cita este frag-
mento de un insigne escritor.

«La ilustración podrá disipar las locuras
del entendimiento, pero no las faltas del co-
razón, ni los vicios de la voluntad. El pue-
blo tiene razón para creer que la mayor
cultura intelectual no va siempre acompa-
ñada de mayor perfección moral... Podría
demostrarse más bien que los delitos cre-
cen en vez de disminuir á medida que crece
la cultura.»

¡Qué verdad tan grande! Quien lo dude
que vuelva los ojos á uno y otro lado y vea
lo que está pasando. Francia es quizás la
nación más ilustrada de Europa y sin em-
bargo, en ella los Tropman, Prancinis y
Ravacholes, aumentan como por encanto.
Los crímenes más repugnantes, los infanti-
cidios, los parricidios, los asesinatos, se su-
ceden cada día hasta tal extremo, que pe-
riódicos nada sospechosos por sus ideas,
confiesan que aquella república, por su in-
moralidad, está llamada á con vertirse en un
desierto.

¿Y cómo se explica que donde tan alta ha
subido la ilustración haya también subido
tan alto el vicio? Por lo que nuestro Prelado
enseña. Por que no es la ciencia, religión de
la cabeza (digámoslo así,) lo que hace falta, si
no la moral cristiana, verdadera ciencia del
corazón.

Luego, hace esta otra cita de Strauss.

«La desaparición de la fé en la Providen-
cia, es uno de los más penosos sacrificios
que van unidos á la renuncia de la doctrina
de la Iglesia Cristiana. En esta monstruosa
máquina del mundo, con sus ruedas guarne-
cidas de acero... se vé el hombre lanzado
sin defensa y sin auxilio. Nunca está segu-
ro de no verse cogido y destrozado por una
de esas ruedas en un movimiento imprevis-
to... El sentimiento de este abandono es
ciertamente horroroso.»

En efecto es horroroso el abandono in-
terior en que se encuentran los hombres
sin fé, y este triste desaliento exaltado á ve-
ces hasta la desesperación y la locura, no
hay duda que es la causa secreta de muchos
horrores que presenciarnos.

Lástima que tantos sabios desgraciados
como andan por esos mundos con la cabeza
llena de letras y el corazón vacío de espe-
ranzas, no discurrieran de este modo;

Para vivir tranquilo es preciso creer: lue-
go la fé en tierra una gran verdad.

De otra manera.

Sin religión no hay moral. Luego la reli-
gión no puede ser una mentira.

lo estimula y lo enardece,
y al trabajar con amor,
aunque se bañe en sudor,
este sudor lo ennoblece;

Pues un corazón honrado
su sangre nunca rebaja
si es por la misma bañado
aquél cuerpo, bien forjado,
que lleno de afán, trabaja.

Miradle allí..... su semblante
es de un hombre satisfecho
y en su mirada brillante
refléjase, á cada instante,
la fé que guarda en su pecho;

Fé que alumbra con luz pura
su corazón y su mente
y hace de él una criatura
que sabe en la tierra dura,
alzar hasta Dios su frente

Él aprendió en su pericia
que el mundo es valle de abrojos
y que el que nada codicia,
disfruta el bien con delicia
y la paz brilla en sus ojos;
Él estudió que el Señor
muy pobre quiso nacer
y que en su vida de amor,
legar quiso al pecador
modelo donde aprender;

Y él supo, en fin, que es muy fuerte
quien de Dios bebe la luz
y tiene la hermosa suerte,
de llegar hasta la muerte
abrazado con su cruz.

Miradle allí..... en el hogar
por casto amor bendecido,
y en donde sabe encontrar,
bálsamo para el pesar,
para la tristeza, olvido.

Cuando vé á la esposa honrada,
que jamás le causa enojos,
toda el alma enamorada
sale, ardiente, en la mirada
con que la envuelven sus ojos.
Y de aquel ser y su ser
la pura pasión fundida,
lleno de santo placer,
la mira reverdecir
en los hijos de su vida.....

¡Oh, que dulce es la existencia
que en la honradez halla el freno
y en una pura inocencia
no reconoce otra ciencia,
que la que enseña á ser bueno!

¡Oh, qué hermoso es el vivir
sin lo de otro ambicionar
y allá en el alma sentir
paciencia para sufrir,
y corazón para amar!

¡Dichoso el que cree y espera!
¡Dichoso el obrero honrado
que jamás se desespera
y sin salir de su esfera,
vive alegre y resignado!

Y si la maldad le excita
á la envidia y la ambición,
el contaminarse evita,
y solo ante el bien palpita
su cristiano corazón.

Llegue el obrero á entender
que el trabajo, y la virtud
son los que pueden hacer,
que se ennoblezca su ser
tomando sávia y salud;

Y que Dios y el mundo entero
siempre tenderán su mano,
no al pobre bestial y fiero
sino al noble y digno obrero
que tenga un pecho cristiano;

Y así con virtud y amor
y un alma recta y creyente,
dará gracias al Señor
porque brillan paz y honor
sobre su tostada frente,

Y así, también, al morir
lleno de fé y caridad,
podrá, dichoso, sentir
el premio que á un buen vivir
dá Dios en la eternidad.

G. Garcia Gutiérrez. Pbro.

Dijo *El Imparcial* que del Congreso
espiritista que se celebró en Madrid habian
desaparecido 5000 pesetas, pero los espíritus
se le echaron encima y luego retificó dicien-
do que de donde desaparecieron esas pese-
tejas fué del Congreso de libre-pensadores.

Pero no es *El Imparcial* solo el que habla

de estas desapariciones. *El Zurriago* y otros
periódicos de la cuerda libre-pensadora pa-
rece que andan á groña con su compinche
Las Dominicales pidiéndole cuentas de la
inversión de otras cantidades recaudadas
por la redacción del ateo *Semanario*, can-
tidades cuyo paradero se ignora. En efecto
parece que el ímpio periódico no ha dado
cuenta de las 9000 pesetas recaudadas en fa-
vor de los coléricos de Murcia; ni de las 6000
destinadas á erigir un mansoleo á Garcia
Vao; ni de las que se recaudaron para una
medalla conmemorativa destinada al rey
Humberto; ni de las que produjo la suscrip-
ción en favor de los inundados de Consuegra
ni de los 9000 destinadas á los gastos del
congreso libre-pensador, en una palabra,
que se han evaporado más de 25.000 pesetas
(sin contar las de Consuegra.) y nadie sabe á
estas horas que se ha hecho de ellas.

Esto se llama pensar libremente.

Y obrar más libremente aún.

Restituciones.—Han sido restituidas
á la señora doña Teresa Villalba, de Murcia,
por conducto del Sr. Cura párroco de San
Bartolomé 142' 50 pesetas que bajo secreto
de confesion le han sido entregadas [por un
penitente,

Hace unos dias se presentó á un digno sa-
cerdote de Málaga una mujer, entregándole,
bajo secreto de confesion, la suma de cin-
cuenta pesetas para que fuera devuelta á de-
terminada señora, como así lo verificó antes
de las dos horas.

Por conducto del Presbítero D. Telesforo
de Olartecochea, coadjutor de Abando (Bil-
bao), han sido entregadas en casa de los se-
ñores Zuricalday, Echevarría y [Compañía
4.750 pesetas, recibidas por dicho señor sa-
cerdote bajo secreto de confesion.

PENSAMIENTO

Para conocer si una doctrina es buena
ó mala, no hay mas que ver el fruto que
produce. La libertad de pensar lo malo
casi siempre va seguida de la libertad de
hacer lo que no es bueno. Yo quisiera
que los impíos publicaran la lista de sus
buenas obras. Era la mejor manera de ha-
cer prosélitos.

BIBLIOGRAFIA

EL HIPNOTISMO y la sugestion, estudio acerca de
tan curiosos fenómenos considerados bajo diferentes
puntos de vista por D. Eduardo Aragón Obejero, mé-
dico del Hospital de San Juan Bautista, y del Excmo. se-
ñor Obispo y Cabildo de la Santa Apostólica Iglesia Ca-
tedral de Astorga. Con aprobacion eclesiástica Astor-
ga 1892 precio 3 pesetas punto de venta, librería de
la Viuda é Hija de López, Astorga.

SOCIALISMO Y ANARQUISMO. La enciclopedia de nues-
tro Santísimo Padre Leon XIII "De condicione opif-
cum," y los Círculos de Obreros Católicos por el P. An-
tonio Vicent de la Compañía de Jesús. Con una carta pró-
logo del Excmo. Sr. D. Ciriaco Sancha Arzobispo de
Valencia. Esta eruditísima obra del eminente sabio Je-
suita, forma un magnífico volumen de más de 500 pági-
nas en folio y se vende al precio de 5 pesetas.—Los pe-
didos á la librería de Ramon Ortega Bajada de S. Fran-
cisco 2—Valencia.—Los círculos y patronatos de obre-
ros pueden dirigirse al autor (Colegio de Jesuitas de
S. José calle del Beato Gaspar Bonó Valencia) y ob-
tendrán una rebaja.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre
el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándo-
la bajo formas amenas y ligeras para que se propague
más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones,
cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cinco ejemplares de
cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el
accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, ope-
rarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas,
huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos
penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, admi-
nistrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse
también la suscripción en Madrid en la administración de
La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías
católicas.